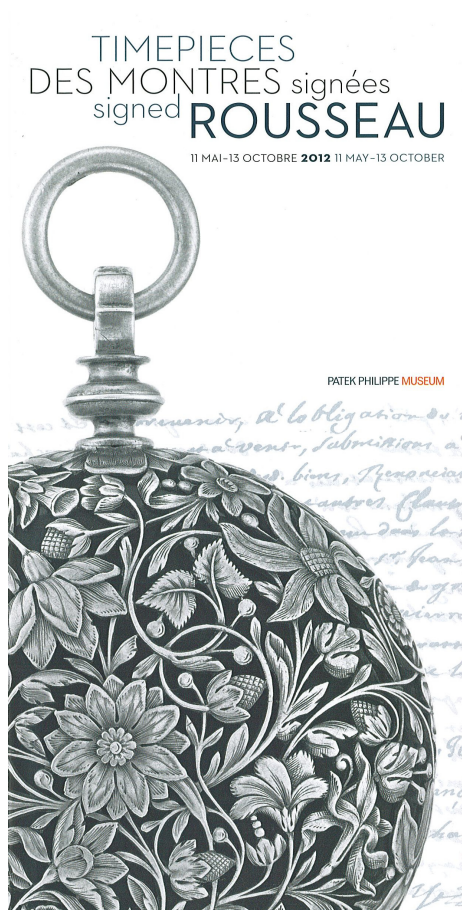


Obertura

Trescientos años después: proyecciones rousseauneanas

Paula Caldo
CONICET/FHyA-UNR



CALDO, Paula, "Obertura. Trescientos años después: proyecciones rousseauneanas", en *Avances del Cesor*, Año IX, N° 9, 2012, pp. 75-82.

“Aventurero, soñador, filósofo, antifilósofo, teórico político, músico, perseguido”,¹ a lo que agregamos: romántico, pedagogo, preceptor, escritor, novelista, herborista, lector compulsivo, compositor, dramaturgo, antropólogo; mas no historiador. Justamente, podemos situar el pensamiento de *l’ami Jean-Jacques*² en los prolegómenos de muchas disciplinas, pero no en los de la historia. En ese sentido, más que historiador fue un hacedor de experiencias históricas y un instaurador de discursos que marcaron las prácticas y las formas de hacer política de la cultura occidental moderna, convirtiéndose así en una fuente adecuada y necesaria para el análisis de determinados procesos del pasado, algunos de los cuales no se han agotado aún. Por ello, al cumplirse los trescientos años de su natalicio, *Avances del CESOR* reúne en el presente *dossier* una serie de lecturas realizadas por un conjunto de intelectuales contemporáneos que, pivoteando sobre algunos tópicos de la teoría rousseauniana, revelan tanto la historicidad como las notas de actualidad de su pensamiento.

Jean-Jacques analizó con ojo agudo y detallista su tiempo, imaginó una situación pasada idílica que llamó *estado de naturaleza* y se proyectó hacia el futuro con propuestas políticas-pedagógicas altamente utópicas. Fue un pensador polémico y, en esta clave, hizo explícita una crítica ácida acerca de la sociedad que lo tuvo como protagonista. Su discurso, al tiempo que denunció irregularidades socioculturales, se compuso de expresas propuestas orientadas a subsanar los *vicios* percibidos. Resulta difícil encontrar un eje entre la variedad de temáticas que provocaron a su pluma. Sin embargo, un denominador común en sus preocupaciones resultó ser el problema de la moral y la virtud, y en esta línea, además de prescribir un deber ser explícito mostró en detalle los vicios y las corrosiones de sus contemporáneos.³ Llegando a la vejez, capituló sus lecturas críticas para internarse en la elaboración de escritos autobiográficos. Seguiremos especialmente a estos últimos para presentar a Rousseau y a sus proyecciones.

En sus *Confesiones* aseguró acometer “una empresa que no tuvo ejemplo jamás y que no tendrá imitadores. Quiero mostrar a mis semejantes a un hombre en su verdadera naturaleza, y ese hombre seré yo”.⁴ Pese a sus cuestionamientos a los usos de las letras y las artes,⁵ él confió más en la palabra escrita que en la recordada o hablada. Al respecto

1 STAROBINSKI, Jean, *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, Taurus, Madrid, 1983, p. 9.

2 Expresión tomada de: DARNTON, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

3 Ver: ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Cartas a Sofía. Correspondencia filosófica y sentimental*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

4 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las confesiones*, Porrúa, México, 1985, p. 3.

5 Esbozados explícitamente en *Discurso sobre las ciencias y las artes*. ROUSSEAU, Jean-Jacques, *El contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad*, Porrúa, México, 1992.

dijo: “Esa es una de las singularidades de mi memoria que merece ser citada. Cuando me sirve, es sólo cuando tengo que descansar en ella; tan pronto como confío el depósito al papel, me abandona, y en cuanto he escrito una cosa se borra de mi memoria”.⁶ Como bien describe Roger Chartier en su *Inscribir y borrar*,⁷ el temor al olvido fue uno de los dramas de la modernidad, y las prácticas de escritura resultaron ser el antídoto que, a su modo, no demoró en transformarse en problema: la conservación y el exceso.

Jean-Jacques escribió sobre el contexto que lo rodeaba pero también sobre sí mismo y, con su gesto escritural, logró que hoy nos resulte difícil separar su vida de su obra. A la distancia, parecería que su *yo* era *performateado* por la escritura, casi un efecto de ella. De trazo en trazo, Rousseau se transformó en Rousseau y sus pensamientos se volvieron rousseauianos. En tal sentido, presentamos a este singular pensador a partir de los episodios vitales que él mismo expone en sus *Confesiones*.⁸

Como en todo ensayo biográfico, comenzamos diciendo que fue oriundo de Ginebra (Suiza) y su vida se extendió entre 1712 y 1778. Estos datos cronológicos lo sitúan como protagonista del *Siglo de las Luces* y, pese a sus objeciones, como un ilustrado. Sobre sus padres, Isaac Rousseau y Susana Bernard, expuso que: “nacidos ambos tiernos y sensibles, solo esperaban el momento de encontrar el uno en el otro la misma disposición, o más bien ese momento les esperaba a ellos y cada uno echó su corazón en el primero que se abrió para recibirlo”.⁹ Asimismo, estima que su nacimiento fue la primera de sus desgracias porque costó la vida de su madre¹⁰, quien por los problemas de salud que la aquejaban, no resistió el parto.

El pequeño *Jean-Jacques* creció bajo el cuidado de su padre y de sus tías, en el taller de relojes, leyendo ávidamente en la biblioteca familiar, no solo en lengua vernácula sino también en latín y en griego. Sobre sus primeros años expuso: “Ignoro lo que hice hasta los cinco o seis años. No sé cómo aprendí a leer; solo me acuerdo de mis primeras lecturas y de su efecto sobre mí. Mi madre había dejado algunas novelas que mi padre y yo leíamos después de cenar. Por el momento solo se trataba de ejercitarme con la lectura de libros divertidos; pero pronto nuestro interés fue tan vivo que leíamos aquellos libros, uno a uno sin interrupción, no podíamos dejarlos hasta terminar...”.¹¹ Esos pasajes de su infancia son los mismos que empleará como ejemplo de mala educación y, por ende, como contraejemplo

6 Ídem, p. 232.

7 CHARTIER, Roger, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Katz, Buenos Aires, 2006.

8 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las confesiones...*, Op. Cit.

9 Ídem, p. 3.

10 Ídem, p. 4.

11 Ídem, p. 5.

de la educación de Emilio, el protagonista de su afamada novela pedagógica¹²: “*Mi infancia no fue la de un niño, sentía y pensaba siempre como un hombre*”.¹³

A temprana edad eligió qué lugar ocupar en el mundo y fue así como dio inicio a una larga peregrinación que lo transformó en un ser errante, vagabundo, ensimismado, soñador, solitario. Estas travesías le permitieron trazar vínculos con diferentes intelectuales de la época. Claro que esa vida no estuvo exenta de apremios económicos y, para subsanarlos, se vio obligado a trabajar. A partir de sus oficios se reconoció tempranamente como tutor de jóvenes, dramaturgo y compositor y copista de música. Aseguró conocer las carencias y aprendió a prescindir del lujo, la fortuna, las formas, las apariencias y todas aquellas preferencias propias de las clases acomodadas. Sensaciones que lo condujeron a cuestionar fuertemente las diferencias económicas que obturaban el camino a la igualdad.

Los vínculos con las mujeres fueron un renglón destacado en su vida. Resultó ser un amante cuyas relaciones generaron rumores y conflictos, tanto porque muchas de sus elegidas oficiaron de su sustento económico como por las infidelidades cometidas que pusieron en jaque sus lazos de amistad. No obstante, tres nombres femeninos dejaron su marca en las memorias que él decidió legar. El primero perteneció a la dama que lo cuidó y protegió casi con amor maternal después de su partida de Ginebra: la señora de Warens. El segundo es el de Teresa Le Vasseur, quien fue su concubina y madre de sus cinco hijos, que entregó al cuidado de orfanatos públicos. Este gesto le valió cuestionamientos por parte de sus contemporáneos, obligándolo a mentir¹⁴ o a justificarse con las siguientes expresiones: “*Temblé de entregarlos a aquella familia mal educada, para que a su vez fuesen educados peor todavía. Los riesgos de la educación en la casa de expósitos eran mucho menores*”.¹⁵ Pese a que transcurrió gran parte de su vida en compañía de Teresa, su amor será la condesa Élisabeth-Sophie-Françoise d’Houdetot (1730-1813). Él prefirió llamarla *Sofía* y la representación de su amada trasuntó en la personalidad de las protagonistas de sus novelas: *Julia o la Nueva Eloísa* y luego en *Sofía*, la compañera de *Emilio*.¹⁶

La fuerza con que vivió sus pasiones lo situó como un amigo polémico y complejo. Fue protagonista de conflictos y tensiones con muchos de sus amigos intelectuales: Diderot, Grimm, Voltaire, D’Alembert, etc. Su genio inquisidor, ligado a su sentimiento de amistad rayano en lo obsesivo, lo llevaron a percibir trampas y traiciones en todas partes, pero también a traicionar.

12 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Emilio o de la educación*, Edaf, Madrid, 1985.

13 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las confesiones...*, Op. Cit., p. 40.

14 En el paseo IV de sus *Ensoñaciones* relata como ejemplo de actos de mentira justamente una anécdota en la cual una jovencita le pregunta por su paternidad. ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las ensoñaciones del paseante solitario*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

15 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las confesiones...*, Op. Cit., p. 275.

16 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Cartas a Sofía...*, Op. Cit.

En este sentido, no dejó de ser *el más paradójal de todos los intelectuales*. En el contexto de la Francia prerrevolucionaria, *buscaba la comunicación y la transparencia de los corazones*.¹⁷ Le inquietaba la diferencia entre el *ser* y el *parecer*. Esa tensión lo abrumó desde pequeño. Un hecho puntual, enunciado en sus *Confesiones*, lo testifica. Cierta día, cuando aún era un niño, fue sorprendido junto a unas peinetas rotas en la cocina de una casona de campo y nadie dudó, pese a su inocencia, en inculparlo y castigarlo. De este modo, empezó a problematizar la *delgada línea* que separa a la verdad de la mentira, al ser del parecer. Más tarde dijo: “*He ahí cómo aprendí a codiciar en silencio, a ocultarme, a mentir, a disimular, a robar, por fin, capricho que hasta entonces no me había ocurrido, y del que después no pude curarme por completo. La codicia y la impotencia llevan siempre a eso... Son siempre los buenos sentimientos mal dirigidos los que hacen dar a los niños el primer paso hacia el mal*”.¹⁸ Entonces, las apariencias lo condenaron y obligaron a emprender una sigilosa crítica a la cultura urbana dieciochesca. De igual suerte irá construyéndose su cuestionamiento acerca de todo acto de representación, tanto en el plano de las artes, las letras y la comunicación con signos como en el de la política. Esas mismas ideas lo impulsaron a participar en los concursos abiertos por la *Academia de Dijon* (París). Acto que acometió en dos oportunidades. En la primera, en 1749, la consigna de trabajo era: “El progreso de las ciencias y de las artes, ¿ha contribuido a corromper o a purificar las costumbres?”, y él la resolvió con su “Discurso sobre las ciencias y las artes”. Allí expuso: “Las ciencias, las letras y las artes menos despóticas y quizás más poderosas, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro con que –los hombres– están cargados, ahogan en ellos el sentimiento de libertad original para el cual parecen haber nacido”.¹⁹ En 1750 su escrito fue reconocido con el primer premio. Tiempo después, en 1753 (de acuerdo con su memoria), repitió la experiencia, esta vez sobre el tema: “Origen de la desigualdad entre los hombres”. En esta ocasión redactó su *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad de los hombres*. Si bien Diderot había asegurado que el texto era excelso, el resultado no fue el esperado. Por lo tanto, tuvo que aguardar al año 1755 para editarlo bajo sello holandés.

Más allá de los numerosos títulos que se listan bajo su autoría, fue un escritor de la madurez. Recién a los cuarenta años comenzó a incursionar en el mundo de la escritura, precisamente a partir de sus participaciones en los concurso de la *Academia de Dijon*. De esta experiencia de madurez surgieron los siguientes títulos (las fechas son estimativas): *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750); *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad de los hombres* (1755); *Julia o La nueva Eloísa* (1761); *El contrato social* (1762); *Emilio o de la educación* (1762); *Cartas desde la montaña* (1763); *Diccionario de música* (1767); *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* (1771); *Diálogos: Rousseau*

17 STAROBINSKI, Jean, *Jean-Jacques Rousseau...*, Op. Cit., p. 10.

18 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Las confesiones...*, Op. Cit., p. 21.

19 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *El contrato social...*, Op. Cit., p. 80.

juéz de Jean-Jacques (1772); *Diccionario de Botánica* (1774); *Ensoñaciones de un paseante solitario* (1777); *Las confesiones* (póstumo); *Emilio y Sofía o los solitarios* (póstumo).

Ahora bien, su crítica sociopolítica se inscribe entre los márgenes del pensamiento contractualista. Ubicado allí, explicó la sociedad a partir de un modelo dicotómico, cerrado y excluyente, cuyos polos son: el *estado natural* y el *estado de sociedad*.²⁰ Lo que se destacó en la obra de Rousseau es que, pese a rescatar de manera romántica las virtudes del hombre natural para contraponerlas a las prácticas sociopolíticas que reconoce en su época, se resistió a plantear *el regreso a la naturaleza*.²¹ Su propuesta fue generar *un hombre natural viviendo y pactando en sociedad*. En consecuencia, no resulta curioso que, en el año 1762, escriba *El Contrato Social y Emilio o de la educación*. Esto es: junto al *pacto* diseña el *proyecto pedagógico*, condición *sine qua non* para lograr la sociedad justa, libre y transparente que desea. La educación de Emilio atiende todos los detalles necesarios para formar al ciudadano digno de habitar la sociedad del contrato social. Al llegar al capítulo V del Emilio, hallamos al muchacho, ya maduro y racional, enfrentado a la lectura de los preceptos del *Contrato Social*.

Rousseau fue un utópico, puesto que, junto con la crítica, diseñó el perfil de la sociedad y de los ciudadanos ideales, cuyo modelo es Emilio. Empero, el muchacho no estaba solo; lo acompañaban el preceptor y Sofía, su amada. Mientras que el primero cumplió con el encargo de educarlo en un sentido integral, a la segunda se asignó la tarea de acompañarlo. Las mujeres en la obra de Rousseau fueron un complemento sumiso y obediente del varón. A ellas dedicó no solamente algunos pasajes del último capítulo de *Emilio*, sino también sus novelas epistolares: *Julia o la nueva Eloísa*,²² *Emilio y Sofía o los solitarios*²³ y las *Cartas a Sofía*.²⁴ En tanto los varones serán heterónomos, débiles e irracionales sólo durante los tiempos de la niñez, las mujeres lo serán toda la vida. Con su obra, Rousseau contribuyó a sentar los presupuestos teóricos de la masculinización de la razón y la feminización de la sensibilidad.

Profuso y cargado de tensiones, *Jean-Jacques* acometió la tarea de revisar críticamente su época y proponer salidas posibles. Esta gimnasia se materializó en repetidos ensayos de escritura, y su profusa obra no demoró en transformarse en instauradora de prácticas y discursos contemporáneos a su vida pero también póstumos. Justamente, los siete artículos reunidos en este dossier recuperan *las proyecciones rousseauanas*. En primer lugar, Sandra

20 BOBBIO, Norberto, "El modelo iusnaturalista", en BOBBIO, Norberto, BOVERO, Michelangelo, *Sociedad y Estado en la filosofía moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

21 TODOROV, Tzvetan, *Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau*, Gedisa, Barcelona, 1987.

22 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Julia, o la nueva Eloísa*, Akal, Madrid, 2007.

23 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Emilio y Sofía o Los Solitarios*, Edición de Julio Seoane Pinilla, Madrid, 2004.

24 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Cartas a Sofía...*, Op. Cit.

Fernández, en su texto “Los trescientos años de Rousseau. Una ciudad de fiesta”, expone un escenario actual de la ciudad de Ginebra destacando aquellos lugares habilitados para celebrar los 300 años del natalicio. Sin dudas, el ejercicio nos devuelve como balance la importancia del autor para la historia y la identidad urbana de dicha urbe. Por otra parte, la proliferación de muestras, jornadas de trabajo, etc., dejan entrever indicios de un intelectual dieciochesco modélico capaz de incursionar en las ramas más variopintas del campo del saber y de la cultura.

“Ved en trono a la noble igualdad. Soñar con Rousseau en América Latina” es el título elegido por Waldo Ansaldi para invitarnos a pensar en torno a las propuestas históricamente no agotadas del ginebrino. Ansaldi parte del supuesto que sitúa la vigencia de tal pensador en un fracaso de la modernidad, el del proyecto de la razón liberadora en beneficio del de la razón instrumental. En este sentido, los lineamientos políticos de Rousseau se tornan una cuenta pendiente y no acabada de reflexión. Así, el problema de la libertad, la igualdad, la ciudadanía y la democracia operan como disparadores para reflexionar en torno al impacto de este pensamiento en la cultura política en general y especialmente en la latinoamericana. Asumiendo que la obra de Rousseau llegó tempranamente a estas latitudes, sin alcanzar un carácter hegemónico supo capitalizar intersticios para impactar en el contenido y en las formas de la vida política.

En cierto sentido, Ansaldi reconoce que los nuevos temas de la agenda de estudios sociales provocan la necesidad de volver a leer a los clásicos a partir de estas claves originales. De esta suerte, por ejemplo, la pregunta por la condición femenina se vuelve una necesidad, y más aún tratándose de la obra de *Jean-Jacques* Rousseau. De hecho, tres de los artículos que componen este dossier se arrojan el desafío de auscultar puntos enquistados de esta problemática. Rosa Cobo, en su texto “Las paradojas de la igualdad en *Jean-Jacques* Rousseau”, abre el debate tomando como disparador el problema de la igualdad y afirma: “La columna vertebral sobre la que reposa su pensamiento social y político es su poderosa apelación a la igualdad. Sin embargo, la radicalidad de su concepto de igualdad se detiene ante las mujeres. Ahí la propuesta rousseauiana de igualdad naufraga y el pensador radical se convierte en uno de los fundadores del patriarcado moderno”. Este artículo indica que la teoría de Rousseau, al tiempo que sitúa a las diferencias económicas como corrosivas del concepto de igualdad, oculta e invisibiliza la condición política de las mujeres, definiéndolas como complemento del varón en el marco de la sociedad patriarcal. Anabella Di Tullio, en su texto denominado “A la sombra de Rousseau: mujeres, naturaleza y política”, continúa desbrozando el costado conservador de la obra de nuestro autor. Ella se pregunta por las mujeres y, en esta clave, discute las descripciones del estado de naturaleza, del contrato social, de la educación, del espacio público, etc. Este recorrido permitirá a Di Tullio confirmar que la obra del ginebrino prescribe un destino inexorable para las mujeres: lo privado y doméstico. Por su parte, Carolina Kaufmann, en su artículo “Marcas del pensamiento de Rousseau en las reflexiones kantianas acerca de las mujeres”, traza una línea de continuidad entre la obra de *Jean-Jacques* y la propuesta del filósofo alemán. Esos aires de familia que

emparentan a estos autores, permiten a Kaufmann mostrar el modo en que la época de la Ilustración nombró y conceptualizó sobre la mujer.

Bajo el título “De señales a palabras. Notas sobre la comunicación en el discurso sobre la desigualdad de *Jean-Jacques* Rousseau”, Pablo Fucé interroga a la obra del ginebrino a partir de una arista aún poco explorada: el problema del lenguaje. Así, tomando como fuente el *Discurso sobre el origen de las desigualdades...*, analiza la impronta del lenguaje en el tránsito del estado de naturaleza a la sociedad del contrato, acentuando su relevancia en la sociedad política. Con base en la importancia asignada por Rousseau al problema de las representaciones, los signos y los símbolos, este artículo viene a tallar en un nudo problemático que nos conduce al centro de las preocupaciones del filósofo.

Finalmente, Sebastián Perrupato, autor de “Entre el naturalismo y la tradición. Un estudio comparativo entre la propuesta pedagógica de los ilustrados españoles y Rousseau”, propone estudiar los tráficos de ideas entre las propuestas educativas de *Jean-Jacques* y las propias de los pedagogos ilustrados españoles. El cometido de este texto es discutir las versiones tradicionales que presentan a la pedagogía ilustrada española como un reflejo de las propuestas europeas generales. De tal forma, Perrupato muestra cómo el pensamiento rousseauneano ingresó en las arcas de la pedagogía española a partir de un proceso de lecturas que lo adaptaron a la realidad local, dando por resultado propuestas marcadas por el catolicismo que los españoles no capitularon.

Sin dudas, mucha tinta ha corrido sobre la obra de *Jean-Jacques* Rousseau y, sin embargo, su teoría no deja de ser frondosa y, por ello, posibilitadora de nuevas lecturas y análisis. Los autores y las autoras aquí reunidos/as dan cuenta de ellos y, en esta dirección, reflexionan en torno a la igualdad, el lenguaje, las mujeres, la política, el estado de naturaleza, el contrato, la tensión público-privado, la cultura, la educación... Los puntos suspensivos indican aquí una agenda abierta que invita a seguir hablando y escribiendo sobre las proyecciones rousseauneanas.